

parándose a la construcción de la primorosa y rica mortaja: la familia campesina, las mujeres, los niños y los perros, los rodean y los guardan amorosamente como en los hogares sederos de nuestra huerta.

Revisamos las plantaciones de moreras y de los demás cultivos; oramos en la Santa *Capella* de la pequeña Iglesia; probamos, recién cojidas de los árboles y sobre el fresco recipiente de las propias hojas, cerezas de exquisita carne azucarada y sabrosa, y cuando reposando a la sombra de los añosos pynsapos del parque, disfrutamos unos minutos de placidez y descanso, grita el *Comendatore*, con voz tonante: ¡*Angelo!*

*Angelo*, que es el capatás de la finca, fornido mocetón digno de servir de modelo a Miguel Ángel para una estatua de Apolo, acude súbito. A una seña del *dómino*, *Angelo* se presenta de nuevo causando mi terror. Lo que *Angelo* conduce sobre las palmas de las manos es una gran bandeja con botellas y copas de vino.

Es de la finca—dice el *Comendatore* Rubini:—es dulce como el *lacrime Cristi* y suave como el de *Castiglione*. Hay que beberlo *per la vostra e per la mia patria*.

Alzo mi copa, cierro los ojos, me encomiendo a la Santa Madonna, y yo, abstemio empedernido,

